

## EL VAGÓN DE LAS ESTRELLAS

Sabías lo que te decías, pero aun así viniste a trabajar esta mañana. Dependes de todo tu sueldo, y el dinero sigue siendo necesario aunque esté cayendo la nevada del siglo en Nueva York. La mayoría de carreteras se cortaron al mediodía, no han salido trenes ni aviones en toda la mañana y para colmo estás sola en la oficina. Ni siquiera tu jefe ha venido. Parecía lógico. Vuelves a reprenderte por no haber hecho caso a tu instinto mientras apoyas los pies en la estufa eléctrica. Fuera casi se alcanzan los veinte grados bajo cero, y ya ni siquiera notas los dedos mientras se deslizan por el teclado, a pesar de llevar más capas que cuando fuiste a esquiar a Aspen.

Media hora después, cuando te das cuenta de que has enviado el mismo correo dos veces, piensas que no puedes seguir allí, medio dormida y congelada, y apagas el ordenador a duras penas. Bajas los escalones y sales a la calle, donde un chorro de agua y nieve te cae en la cabeza y una corriente gélida te golpea la cara. Temblando, echas la llave del portal y te giras para descubrir un enorme cartel de “Calle Cortada” justo enfrente. Maldices tu mala suerte mientras piensas en otras alternativas. Quieres mirar en Internet si la línea del metro está abierta, pero no tienes datos ni cobertura. Cada vez sientes más el frío y menos las manos, de modo que decides arriesgarte a ir a la parada.

“Total, seguro que allí se está más calentito”, piensas; y justo entonces te resbalas con una placa de hielo que hay frente a la puerta. Te caes y te deslizas unos metros. Por suerte para ti, la calle está cortada, de lo contrario; habrías acabado aplastada. Te levantas y empiezas a notar los copos de nieve cayendo. Miras hacia arriba y suspiras; no hay nada que te guste más que la nieve. Siempre te han recordado un poco a pétalos blancos, que quizás caían para asegurarte un dulce sueño cada noche. Un poco más feliz, llegas a la parada del metro. Como era de esperar, no hay nadie en la estación, pero te alegras mucho al ver que el próximo viaje te llevará a casa... apenas puedes esperar a sentarte en tu sofá, cómoda y calentita, y ver *Crazy Stupid Love* por enésima vez mientras bebes chocolate. Casi puedes saborearlo.

Alguien ha tenido la consideración (o el descuido) de dejar un paraguas en el banco donde vas a sentarte. Sea como sea, lo coges; puede que más tarde empiece a llover, y eso no te haría ni pizca de gracia. Esperas sentada hasta que oyes un traqueteo lejano y un chirrido. Te alegras mucho, la verdad es que tampoco hay tanta diferencia entre la temperatura exterior y el subsuelo.

Un único vagón aparece por la vía, con un conductor que tiene pinta de estar más muerto que vivo. Las puertas se abren y te tambaleas hacia el interior mientras observas a la única persona que hay en la cabina. Te resulta vagamente familiar, pero te daría vergüenza, sea quien sea, saludarlo. Te limitas a componer un rostro inexpresivo y a sentarte lo más alejada que puedes, agachando la cabeza como si lo que realmente te importara fuera el chicle que alguien había pegado en el suelo. El metro se tambalea y empieza a moverse muy, muy despacio. Y, mientras te planteas si esto ha sido de

verdad una buena idea; el desconocido conocido levanta la cabeza y comenta por debajo de la gorra:

-Mal día para pasear, ¿eh?

Y por un momento crees que te has muerto y has subido al cielo, que estás soñando y que te está dando un ictus. Todo a la vez, te golpean emociones sin tregua.

Porque tienes delante al mismísimo Ryan Gosling.

Le miras a los ojos y no puedes creer lo que ves. Por un momento, te olvidas hasta de respirar. ¿De verdad que es él? ¿Cómo puede ser? Tu cerebro se paraliza y comienza a repetir en un molesto y absurdo bucle: “*oh dios mío oh dios mío oh dios mío....*” Te das cuenta de que llevas demasiado rato mirándolo, pero no puedes evitarlo. Finalmente, piensas que algo tendrás que decir...

-¿Eres Ryan GOSLING? – y la última palabra más bien pareció un chillido. Bien hecho, sí señor. Todo muy bien pensado.

Esperas temerosa su reacción, pero, para tu sorpresa; no se queja ni pone cara de aburrimiento. Se limita a sonreírte y te contesta:

-Sí, claro. Supongo que sí.

Te pones colorada y enseguida tratas de arreglarlo:

-Perdona, no estaba pensando. Debes de estar harto que todo el mundo se te quede mirando y te haga preguntas estúpidas todo el rato. Sólo eres una persona...perdóname otra vez, ya me callo. – Dices avergonzada.

El tren chirría.

-No, de verdad. Es agradable conocer a una fan normal que se limita a ser eso. UNA FAN. – Su voz grave te tranquiliza. En cierto modo, es como si lo conocieras de toda la vida. ¿Cómo no vas a sentirte así si has visto TODAS sus películas, tienes un póster suyo gigantesco y su foto inunda la pantalla de tu móvil?

-Vaya, debe de ser incómodo para ti. Toda esa... falsa atención obsesiva - “Como la mía”, piensas, pero no lo dices en voz alta. Si lo dijeras, probablemente él lo escucharía.

El tren vuelve a chirriar y se detiene. Por una vez, eso no te importa.

-Vaya. Parece que se ha parado – comenta Ryan cuando el conductor sale de la cabina sin mediar palabra y se apoya contra la pared subterránea.

-Sí, qué pena. Bueno, quiero decir; me daría pena si tú no estuvieras aquí.

Él te mira divertido y ladea la cabeza en un gesto adorable.

-¿Siempre eres así de sincera?

Suspiras y decides decirle la verdad.

-No. En realidad... hay cosas que no te he contado. Por ejemplo, que tengo un póster tuyo, mi galería tiene más fotos tuyas que mías y además... Me sé de memoria el diálogo de *El diario de Noah*.

Ryan parece a punto de reír a carcajada.

-¿Eso es todo?

Total, ya te has avergonzado completamente delante de un famoso al que no volverás a ver. ¿Qué más puedes perder?

-No. – le muestras tu fondo de pantalla, y entonces sí, su risa inunda la cabina. – Aún hay más – resoplas.

-¿Más? ¿En serio? Es casi enfermizo – bromea.

-Sí. Apunta mi teléfono. – se lo das y le pides que te llame. Por extraño que parezca, has recuperado la cobertura. Quizás el tiempo esté mejorando.

La banda sonora de *LaLaLand* sale a todo volumen de tu móvil cuando Ryan pulsa llamar. Al mismo tiempo, el tren se pone de nuevo en marcha y se detiene en la estación.

-Es mi parada – te dice. – Bonito tono de llamada. Me ha encantado conocerte, de verdad.

Asientes y, con un gesto de la mano; lo observas marcharse. Tal vez porque estás en estado de *shock*, no te das cuenta hasta llegar a tu casa de que tiene tu número de teléfono.